

LA CARIDAD

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 23 de Diciembre de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 640

¡Nochebuena!

Así la llama el pueblo, y así es. ¡Qué noche mejor que aquella en que nació para nosotros el Hijo de Dios, que es Dios, con el Padre y el Espíritu Santo, y nació vestido de nuestra misma naturaleza, hecho hombre como nosotros para dárse-nos todo cuanto es? Mal que pese a los mismos impíos que se burlan al Niño que nació en Belén, ¡también para ellos es Nochebuena!

Hay sucesos en la vida ordinaria que pasan como desapercibidos y sin embargo, demuestran palpablemente la vitalidad del Cristianismo, y a poco que se dé fuerza al argumento, aun el mismo diablo. Tal es la fiesta familiar de la Nochebuena.

En todos los pueblos adonde llegó la luz de Cristo, aun en aquellas naciones que oficialmente son ateas, y hasta en aquellos hogares en que no se cree y se blasfema de Cristo, no sé qué de divino tiene esta festividad que congrega a todas las familias bajo el techo paterno para celebrar la fiesta y comida más íntima en honor precisamente, del nacimiento de Jesús. ¡Es Jesús Rey de las almas y de los corazones y manda en ellos y exige homenaje de amor y de alegría, que en esta noche recibe aun de los que le odian todas las demás noches del año!

Dios de amor y de alegría es Jesús, y la alegría y el amor reina por doquiera en el mundo en la noche sagrada en que vino a la tierra. El triste azote de la presente guerra, que aflige al mundo con tenaza de tormento, cual jamás la sufrió la humanidad, y que amenaza devorar como volcán de sangre a toda Europa y gran parte del Asia, esa noche mitigará su tristeza; y aunque truene el cañón en las avanzadas, yomitando muerte, y repiqueteen las metralladoras en las mismas trincheras y aun en los puestos

de peligro, donde tantas vidas son segadas en flor, se celebrará la Nochebuena con cánticos de alegría y se festejará con los regalos que para esa noche precisamente les enviarán sus familias a los que las tengan y las almas cariñosas a los que solos se encuentran en el mundo y delante de la muerte.

Y nosotros, que amamos al Jesús que nace y lo llevamos dentro del corazón como en bendito relicario, y que es para nosotros nuestro gozo verdadero y el norte de todos nuestros afanes y trabajos; y el consolador de nuestros dolores y el bálsamo de nuestras penas, el Dios que como luz de verdad y de dicha, esperamos ver del otro lado del lecho de la muerte, debemos más que ningunos otros pasar en santo regocijo esa noche bendita, buena por excelencia, porque en ella nació en la tierra la Suma Bondad.

Sea nuestra alegría franca y resonante y un tanto infantil, si os place, que no pecaréis por ello, sino que agradaréis más al que Niño fue, e infantilmente se regocijó. Olvidense todos los antiguos resentimientos familiares, congréguense todos junto al hogar, que no se vean caras tristes, ni ojos torvos, ni frentes sombrías quizá por la nube del pecado. Porque todos debemos estar confesados y preparados también para la celestial comida que de su mismo cuerpo y sangre nos ha de dar en la gran casa de familia que es la Iglesia, el mismo Jesús, que nació Niño. En esa noche o al día siguiente hemos de comulgar. No ponga a nadie hurafío y retraído la devoción ni lo aparte de los demás, cuando Jesús se llega a todos para vivir con todos y regocijar a todos. Que no empecemos jamás la santa alegría para la devoción ni place al Señor que estemos tristes cuando debemos estar contentos; y es santa preparación el gozo de la Nochebuena para la fiesta del día siguiente.

Os diré con el Apóstol: "Hermanos, regocijáos en el Señor; repito que os regocijéis, con prudencia y moderación que echen de ver todos. El Señor ya está cerca."

D. G. H.

AL NIÑO JESUS

Tornezas

El que quiera belleza
Venga a tu rostro;
Quien quiera luz del cielo
Venga a tus ojos;
¡Ay! Niño amado,
Y el que quiera dulzura
Venga a tus labios.
Por el valle de rosas
De tus mejillas
Corren dos arroyitos
De lagrimitas;
Déjame, deja
Que ellas la sed apaguen
Que me atormenta.
Jesús tú eres el alma
Del alma mía:
Sin tí la luz es sombra,
Muerte la vida,
¡Manso cordero!
Contigo, hasta el calvario,
Sin tí, ni al cielo!
En vano te disfrazas
Y escondes, Niño,
Los ángeles del cielo
Te han conocido:
Tú sólo el hombre
Por más que te descubres,
¡No te conocí!

Con agua... y la gracia de Dios

Se habían encontrado en la calle, y allí se estaban habla que hablarán.

Hacia mucho tiempo que no se habían visto; tenían mucho que contarse; eran mujeres.

Juliana hablaba de su marido, de sus pequeños, de lo feliz que era. Carmen contaba lástimas y miserias, trabajos y dolores.

Y aunque nada se hubiesen dicho, sólo con verse y contemplarse mutuamente podían haber sabido mucho la una de la otra.

Carmen iba sucia, zarrapastrosa, hecha un fardo desaliñado y peluchón, aviejada y marchita en plena juventud. Juliana iba limpia como los chorros del oro, garbosa, hasta elegante con su sencillo traje de mujer de obrero.

—¡Quién pudiera volver a aquellos días en que íbamos juntas al taller!— suspiró Carmen.

—Pues yo no deseo tal cosa—habló Juliana.

—¡Claro! ¡Como eres dichosa! dijo la otra.

—Gracias a Dios, sí que lo soy. ¿A qué negarlo?—siguió hablando Juliana.—Mi marido es buen trabajador, y es amante de su casa y de sus hijos...

Y me quiere con el fervor de antes de casarnos.

—¡Así era el mío!

—¿Y por qué ha cambiado?

—No lo sé... ¡Cosas de hombre! Juliana protestó.

—No, cosas de hombres, no, porque el mío, mi Eugenio, es honrado, formal y... en fin, ¿a qué decir tantas veces lo mismo?

—¡Así era el mío!—Torció a repetir Carmen.—Durante los primeros meses de casados era bueno y tratable, y no conocía más camino que el de casa al taller y el de taller a casa... Ahora, él sabrá en qué cafetín almuerza, come y cena... ¡y hasta me ha pegado!

—¿Y no tenéis chicos?—le preguntó Juliana un poco triste.

—No...

—Y tú, ¿qué haces, pues?

—Nada.

—Sube a mi casa... Está aquí cerca... La verás y verás a mi pequeño, que se quedó en la cuna.

Aquella habitación de obrero se enseñaba pronto. ¡Tan diminuta era! Pero Juliana la mostraba despacio y con aire solemne, casi si guiso por los anchos balcones de un palacio encantado.

—Esto hace salita y comedor... ¿Ves? La cocina, pequeña, pero alegre... Este cuartito nos sirve para muchas cosas, como puedes observar tú misma... Aquí un corredorcillo abierto donde Eugenio tiene sus macetas.

—¿Le gustan las flores?...—no pudo menos de murmurar Carmen.

—Y aquí... entra... ¡Calla que duerme el niño!

Durante unos instantes contemplaron en silencio al pequeño. Y luego Carmen, sin dominarse, se dirigió a la sala, se sentó en una silla y prorrumpió a llorar lágrimas hondas y calladas.

Vea el contraste entre la vida de su amiga y la suya, entre el nido de amor y el suyo de odio; pensaba en que nunca jamás podría ella gozar de tanta dicha.

Juliana, comprendiendo la causa de aquel llanto, quería consolarla.

—También mi Eugenio, a los pocos días de casados, comenzó a quererme como tu Pablo... Pero yo no me asusté, no me abandoné, no me desespé... Siempre que venía él a casa, le encontraba limpia y reluciente como la veo ahora, y a mí arreglada y bien con puesta y bien amorosa con él. Todos los días le daba un guiso nuevo sin gusto apenas, con un poco de ingenio y buena voluntad... Con mis ahorritos aunque escasos, compraba interesantes novelas para él; este sillón para que reposase al venir del trabajo; unos adornos de puntilla, que me ponía cuando con él salgo de casa y que no valen nada, y que aparentan tanto con